

Profetas de la paz

INOCENCIO MARTÍN VICENTE

SACERDOTE JESUITA. REPRESENTANTE
DE LA COMPAÑÍA EN ASTURIAS

El 16 de noviembre de 1989, miembros de las Fuerzas Armadas de El Salvador dispararon sobre los cuerpos indefensos de seis sacerdotes

Al amanecer del 16 de noviembre de 1989, en el cuarto día de una intensa ofensiva guerrillera sobre la capital, 35 miembros de las Fuerzas Armadas de El Salvador asaltaron el recinto de la Universidad Centroamericana, allanaron instalaciones de la residencia jesuita y dispararon sobre los cuerpos indefensos de seis sacerdotes y dos empleadas. Mes y medio tardó el Ejército en reconocerse autor de uno de los crímenes más abominables de su historia. Una evidencia tan palmaria que, bajo la presión internacional realizaron el juicio con los nueve autores físicos del crimen, nunca con los autores intelectuales. Con un jurado seleccionado entre funcionarios del Gobierno, no fueron condenados quienes ejecutaron las órdenes asesinas sino solo los dos oficiales que las transmitieron e incluso estos al fin fueron amnistiados por los Acuerdos de Paz de enero de 1992.

Aquel gesto martirial de los profesores jesuitas fue sin duda eficaz. Un amor que quería ser cristiano, buscaba ser efectivo, no sólo afectivo. El análisis de la coyuntura política, y sobre todo el estudio por muchos años de la estructura socioeconómica del país había movido a los académicos a proponer el inicio de los diálogos entre gobierno y la guerrilla, camino al que se oponía frontalmente el Ejército. Sin duda porque este diálogo conllevaba pensar en cambios profundos como la reforma agraria, la nueva ley fiscal, la depuración de los tribunales e instituciones de orden público. Y efectivamente su muerte transformó aquella ofensiva de finales de 1989 en los acuerdos de paz de Chapultepec dos años después.

Hoy veinticinco años después, El Salvador con sus casi seis millones y medio de habitantes y una renta per cápita tres veces inferior a la española se enfrenta a

las dos viejas amenazas de su historia, —tal vez una sola—, la pobreza y la violencia. Tatuado con la herencia de doce años de guerra que dejaron 75.000 víctimas, es hoy un país con once asesinatos diarios, el cuarto del mundo en tasa de homicidios según la ONU, muchos víctimas del narco, otros del crimen organizado o de la postguerra. No es de extrañar, por eso que 276 salvadoreños abandonen diariamente el país movidos por el sueño del Norte que solo alcanzan quienes logran superar controles de la Migra, Zetas y deportaciones de Obama...

En medio de tantos retos para la vida y para la fe que abraza la justicia, los mártires permanecen. Desde luego en el recuerdo de

quienes los conocimos: pero además en su firme propósito de enfrentar con un amor inteligente (le dispararon en la cabeza) los retos de este 'Pulgarcito de América' poblado de campesinos y trabajadores, de santos y héroes, al que los compañeros de la UCA profesaron un amor más fuerte que la muerte.

Ellos, al inmolar su vida por un proyecto de diálogo nos dieron una lección de amor, de alguien que desde su reflexión universitaria amaba la paz, porque quien busca la paz, trabaja por la justicia. Al fin, como sostenía Gandhi, el amor es la fuerza más humilde, pero sin duda la más poderosa de la que dispone este mundo.

Como representante de las obras apostólicas jesuitas en Asturias, aprovecho esta oportunidad para invitar a muchos, —amigos de la Compañía, cristianos, y hombres amantes de la justicia—, a recordar a nuestros hermanos en las celebraciones eucarísticas que tendrán lugar en Oviedo el día 14 (20,15 horas, Iglesia Las Salesas) y en Gijón el día 21 (19 horas, San Esteban del Mar, El Nahoyo).



:: GASPAR MEANA

CARTAS AL DIRECTOR

Crisis muy diferentes

En las crisis provocadas por la naturaleza, como terremotos o tsunamis, pierden todos; pero en las crisis creadas por sectores financieros, sus dirigentes se hacen cada vez más ricos, a costa de empobrecer a los demás. Hay que ser muy ignorante o cómplice para «asombrarse» de que en nuestro país, mientras hay cada vez más pobres, haya al mismo tiempo más ricos, como si no se tratara de un obvio caso de vasos comunicantes, de un injusto trasvase de unos a otros, desequilibrio que —la avaricia rompe el saco— acaba por perjudicar a todos.

Diego Mas Mas

PP y PSOE tienen razón

Dos mil años permiten acumular mucho saber hacer, aun a costa de modificar el programa inicial. La Iglesia católica española procura no criticar demasiado a la competencia, a las que llama «sectas», siguiendo el consejo de sus primeros intelectuales, que advirtieron del peligro de que esas críticas pudieran aplicarse también a su propia organización.

Menos experimentados, el PP y el PSOE se dedican entusiasmados, como en un reciente espectáculo en el Parlamento, a criticarse mutuamente, describiendo con vivos colores, en una interminable letanía, las corrupciones del contrario. Por supuesto, sus ideologías, historia, personalidades y circunstancias en que desarrollan su poder, impiden que ambos sean exactamente iguales,

como algunos extremistas pretenden. Pero hoy se parecen demasiado en demasiadas cosas, y en esas pelean de comadres se saben las verdades, abriendo los ojos hasta al más lerdo. «PP y PSOE tienen razón: fuera el otro, por corrupción», decía un lema de una reciente manifestación de Ciudadanos en Madrid.

Julio Lozano Ramos

El problema catalán y Ortega

Que toda España —catalanes y no catalanes— padecemos el 'problema catalán' me parece evidente, y evidente me parece también que para todos los españoles, el problema mayor es, sin lugar a dudas, el terrible problema del paro. Y queriendo aportar algo de luz en el problema catalán, quiero transcribir y comentar brevemente

mente el muy preparado y también muy comentado discurso de Ortega y Gasset, en las Cortes españolas, el 13 de mayo de 1932, que, por desgracia, no ha perdido actualidad y resulta oportuno recordarlo. Dice Ortega: «Yo sostengo que el problema catalán es un problema que no se puede resolver, que sólo se puede conllevar, y al decir esto conste que significo con ello no solo que los demás españoles tenemos que conllevarnos con los catalanes, sino que los catalanes tienen que conllevarse con los demás españoles».

La razón es que Cataluña está dominada por el sentimiento de nacionalismo particularista que le hace desear ardientemente vivir aparte de los demás pueblos o colectividades. Para Ortega, el caso doloroso de Cataluña, su terrible destino, es ese. «Comprenderéis que un pueblo que es problema para sí mismo tiene que ser a veces fatigoso para los demás». Señala también Ortega lo que sabemos todos los españoles que vivimos fuera de Cataluña: «Hay muchos catalanes que se sienten españoles». Y tanto el año 1932 como hoy son atinadas sus palabras: «Muchos, muchos catalanes, quieren vivir con España, pero no se atreven a decirlo, no osan manifestar su discrepancia, porque nada hay más fácil, claro está, faltando a la veracidad, que esos exacerbados les tachen de anticatalanes». Sin embargo, reconocemos que hay de sobra catalanes que, en efecto, quieren vivir aparte de España. Pienso que hoy, por desgracia, esto sigue siendo cierto. Y también sigue siendo cierto, lo que también escribe Ortega: «Frente a ese sentimiento de una Cataluña que no se siente española, existe el otro sentimiento de los demás españoles, que sienten a Cataluña como un ingrediente y un trozo esencial de España».

He leído hace unos días una estadística que dice que sólo el 11,1% de españoles opina que las autonomías tienen derecho a constituirse en estado independiente. La única perspectiva para Ortega es: «conllevarse dolidamente»... A mí me parece excesivamente pesimista la opinión del profundo pensador.

Quiero mucho a Cataluña y quiero cerrar este artículo con un párrafo extractado de Milá y Fontanals escrito en 1888: «No en vano hemos atravesado juntos cuatro siglos de glorias y reveses, de glorias y desventuras, y hasta de mutuos agravios y de mutuos desaciertos; y no en vano nos puso Dios sobre las mismas rocas y nos dio a partir los mismos ríos».

Francisco Sánchez de Muniáin y Gil

NÉSTOR

